

En esta misma línea continúa el capítulo II, que vuelve sobre nombres y textos de los compositores occitanos que visitaron el Occidente peninsular durante el reinado de Alfonso IX, para cerrar esta primera parte de su estudio con el acercamiento a otra cantiga de exilio, *Ala u nazq la Torona*, singular texto que hibrida la lengua occitana con la gallego-portuguesa, del noble de las tierras de Sousa, Garcia Mendes d' Eixo.

La segunda parte del libro, mucho más recortada sobre la literariedad y la intertextualidad, se debate sobre el lenguaje amoroso del trovar en gallego-portugués centrándose principalmente sobre las características particulares y los ecos occitanos en la producción de tres trovadores gallego-portugueses, Airas Moniz d' Asme, Diego Moniz y Osoir' Anes. Aunque esta aproximación no resulta tan exhaustiva como la del primer segmento, ofrece interesantes conclusiones sobre la recepción de la cultura trovadoresca transpirenaica entre los aristócratas y señores de la península. Cabe destacar que los temas aquí tratados se nutren con las propuestas de edición crítica y el análisis de los textos de estos trovadores, llevados a cabo en los tres apéndices finales.

En resumen, trovadores occitanos y gallego-portugueses en oro y plata convertidos se funden aquí en un riguroso trabajo que aporta datos esenciales para acercarse al origen del complejo fenómeno del trovar gallego-portugués.

M<sup>a</sup>. Gimena DEL RIO RIANDE  
Instituto de la Lengua Española del CSIC (Madrid)/ UCM

BONCOMPAGNO DA SIGNA, *La Rueda del Amor. Los males de la vejez y la senectud. La amistad*. Traducción de Antonio Cortijo Ocaña y Luisa Blecua. Madrid, Gredos, 2005, 202 pp.

La prestigiosa colección de Clásicos Medievales de la editorial Gredos se ha visto recientemente engalanada con la aparición de esta obra, en la que se recogen tres pequeños tratados de un autor medieval, Boncompagno de Signa, de quien, aun no dudándose su importancia, tanto su devenir como su obra no han gozado de demasiado prestigio en cuanto a crítica literaria entre los modernos críticos, tal vez por la excesiva egolatría del italiano, visible en la mayor parte de sus escritos. De todos ellos, la trilogía editada en este libro, cuya especial vinculación entre sí y con la tradición clásica es ampliamente destacada, ha sido traducida del latín por Lui-

sa Blecua (*La rueda del Amor*) y por Antonio Cortijo Ocaña (*Los males de la vejez y la senectud y La amistad*), quienes han llevado a cabo su trabajo con pulcritud y ejemplaridad. El autor, Boncompagno de Signa, honrado con el epíteto de *trufator et ioculator maximus*, extendió su vida entre el último cuarto del siglo XII y la primera mitad de la siguiente centuria, sobre todo en las ciudades de Florencia y Bolonia. Allí fue donde escribió una producción literaria de diverso sesgo, si bien la introducción se centra en acomodar tanto al autor italiano como a sus obras dentro de esa explosión del *ars dictaminis*, que “surge como una necesidad de aplicar las reglas compositivas de la retórica a la escritura de cartas” (p. 19). Por supuesto, la situación en España de este tipo de literatura también ocupa un lugar central en la introducción hecha por el profesor Cortijo (pp. 27-38), cuya conclusión principal viene a ser la importancia que tuvieron los ámbitos del escritorio alfonsí y de la Universidad de Salamanca en la popularización de estos tratados durante la Edad Media peninsular. Especialmente es notable el hecho de que el grupo de obras de Boncompagno de Signa se haya conservado en un manuscrito de la biblioteca salmantina, lo que avala el uso de sus obras en tales ambientes letrados del final de la Edad Media (pp. 43-44). La importancia que todos estos tratados epistolográficos, toda la ingente producción de *ars dictaminis* de los siglos XII y XIII, tuvieron “en el desarrollo de la prosa literaria en la Edad Media tardía” (p. 8), ocupa las conclusiones de la introducción. Hay que destacar, además, que Signa escribe en una época en que la ciudad comienza a ganarle la partida al campo y en la que, por lo referente a aspectos culturales, la gestación en las universidades y en algunos ambientes cortesanos de una literatura laica empezará a oponer su contrapeso al tradicional y hegemónico papel que los monasterios y sus copistas habían desempeñado hasta entonces en la cultura medieval. Todo el repaso a los ambientes universitarios en que estas cuestiones quedan suficientemente aclaradas en las páginas introductorias, las cuales, por descontado, contienen no sólo la bibliografía y los criterios de edición, sino una útil cronología (pp. 49-51).

Con una simple aproximación al primer tratado, *La rueda del Amor*, el lector podrá hallar el porqué esta obra de Signa es tan importante en la ficción sentimental del tardomedievo: porque las cartas de amor que tan frecuentemente se insertan en esas novelas parecen seguir modelos muy parecidos a los que el autor italiano aconseja a sus lectores. Un mandato general, igualmente tópico, preside las advertencias (pp. 69-70):

Y date cuenta de que a casi todas las damas les gusta que se les alaba su belleza, aunque sean feas [...] Utiliza superlati-

vos e insiste en las alabanzas porque la condición femenina se inclina y cede con mayor rapidez ante halagos de este tipo.

El tratado aconseja básicamente sobre qué respuesta ha de dar el amante a su dama en cada situación típica. Y en ellas, hay aspectos curiosos, como por ejemplo la tipología de los amantes entre caballeros laicos y eclesiásticos, que recuerda obviamente a la famosa *Disputa entre Elena y María* y al resto de literatura con influencias de Ovidio y Andrés el Capellán. Estas sugerencias del autor son más formales que filosóficas, así que, en general, debieron de ser tomadas más como *instrumenta* que como filosofía, aunque el análisis de alguno de sus tópicos (verbigracia, el motivo folclórico de la viudedad de la tórtola, pp. 89-95) puede albergar alguna sorpresa más.

El siguiente tratado de los dos traducidos por Antonio Cortijo es el que versa acerca de *Los males de la vejez y la senectud*. La primera característica esencial del mismo es que Boncompagno se evade del tópico ciceroniano sobre el mismo tema: para el italiano, no hay nada positivo ni provechoso en la senectud, sino que ésta no es nada más que un cúmulo de males físicos y morales, admitiendo sin reparos que “la senectud es una mueca burlona y putrefacción de la humanidad” (p. 119). Las similitudes con el Corbacho del arcipreste de Toledo y con toda la literatura de vituperio senil son más que evidentes, como se encarga de ir demostrando el traductor merced a la anotación del texto.

Por último, un nuevo tópico ciceroniano, el de *La amistad*, ocupa el último de los tratados de Signa. Aquí de nuevo hallamos una refutación parcial de los razonamientos clásicos, si bien se trata de una puesta al día de los mismos tópicos tamizados por el profundo sentimiento urbano y ciudadano del autor italiano. Por ello, el modo elegido para huir de las comparaciones es muy curioso, como pone de relieve el profesor Cortijo (p. 137):

Dentro de la tipología se nos ofrece un a modo de relato costumbrista de tipos que muestra numerosos paralelos con la literatura entremesil del siglo XVII tal como aflora en la pluma de los Quiñones de Benavente, Quevedo, Belmonte Bermúdez, etc.

El principal cometido de esta edición queda cumplido con creces: demostrar la más que posible influencia de estos tratados de Signa, y con ellos toda la epistolografía, en el desarrollo de la ficción sentimental, uno de los géneros líricos que alcanzaron su cúspide entre la tardía Edad Media y el temprano Renacimiento. Gra-

cias a la traducción efectuada por los profesores Cortijo y Blecua, se pone a la disposición del especialista en literatura unos textos que tuvieron una importancia decisiva en la formación de novela sentimental y cuyos ecos se pueden hallar en obras de tanto calado como la mismísima *Celestina* de alguien que también vivió todo ese ambiente letrado salmantino, Fernando de Rojas. Además de la introducción general, cada obra traducida cuenta con una presentación propia al cargo del profesor Cortijo, en la que todas estas influencias anteriores y posteriores son revisadas, convirtiendo la traducción en una útil herramienta de rastreo de estas obras de Signa como fuente para la literatura castellana medieval. Desde esta perspectiva, y a falta de ulterior comprobación, me atrevo a señalar una posible influencia conjunta de los dos primeros tratados de Signa en una obra lírica del siglo XV: el *Diálogo entre Amor y un viejo* del poeta converso toledano Rodrigo Cota. Siguiendo este camino, es de suponer que el conocimiento de tales tratados como los aquí analizados haga posible encontrar una mayor huella de las obras del italiano en la península ibérica.

Ahora bien, el interés de esta obra no es sólo para el especialista, sino que quien no lo sea queda invitado de igual forma a disfrutar de unos tratados de profundo marchamo humanista, con una traducción pulcra y una anotación muy cuidada, demostrando el pleno conocimiento de la materia tratada, así como de la bibliografía relacionada y fuentes asimismo muy diversas. Por esta razón, y por lo formativo de los temas en que se basan las obritas, el libro que reseñamos es de lectura tan fácil y desenfadada como útil y provechosa, seguramente haciendo buena siempre la intención del *trufator* Boncompagno de Signa, quien, en opinión de Antonio Cortijo, es “autor de más relieve de lo que hasta ahora se ha querido reconocer” (p. 47).

Óscar PEREA RODRÍGUEZ  
University of Arkansas